

## Sombras

Aquella mañana, tras un sueño intranquilo, el espejo no reflejaba mi rostro, solo una mancha borrosa sobresaliendo a una silueta igualmente desenfocada. Humedecí un paño con el líquido azulado que debía limpiar el cristal. Lo froté varias veces. Me acerqué, me alejé, giré mi cara, pero mi imagen permaneció velada sobre el resto de los objetos del baño, expuestos con nitidez en la luna. ¿Acaso podía estropearse un espejo? Ansiosa por encontrarme conmigo, corrí a buscarme en uno de cuerpo entero. En mi cuarto, la misma sombra turbia me mostró llevándome la mano al corazón, que latía tan fuerte como si quisiera escapar de mis costillas. Retrocedí unos pasos, incapaz de dejar de mirarla. La figura hizo lo mismo frente a mí. Recordando el relato de Kafka, mis manos se echaron ansiosas sobre mi cara. Al tacto, reconocí mis rasgos imperfectos. La nariz permanecía aguileña entre mis ojos saltones que, afortunadamente, seguían siendo solo dos. La piel, tan ligeramente acneica como cualquier otro día, tampoco ostentaba pelo ni mucosidades entomológicas.

Aquello debía tener una explicación racional, pero yo había dormido muy mal para dar con ella. Decidí salir a la calle en busca de un café cargado. Al abandonar mi apartamento, sentí un gran alivio. Por alguna razón, su decoración y sus muebles me resultaban ajenos, como si pudieran pertenecer a cualquiera. El barrio tampoco me pareció el mismo. El centro de la ciudad se había transformado en los últimos años y yo ni siquiera me había dado cuenta inmersa en sus calles. Avancé entre la gente a trompicones, preguntándome si para ellos también sería una forma borrosa en movimiento. Entré en uno de los pocos bares castizos que quedaban en la zona. El camarero no pareció advertir mi presencia cuando me senté en la barra. Tampoco respondió cuando le pedí el café. Presa de los nervios, convencida de que era invisible, lo repetí más alto, haciendo aspavientos con los brazos. El hombre, que servía un par de desayunos en ese momento, me echó una mirada matadora para pedirme que esperara.

Visión borrosa, paranoia, sensación de irrealidad. Dudando entre el tumor cerebral y un brote psicótico, recordé la polvera que llevaba en el bolso. En el espejo, aún más desfigurada que antes, la sombra abrió las cavidades de los ojos y la boca al verme, como si fueran tres agujeros negros. Cerré el estuche de un golpe. Busqué mi móvil en la chaqueta, maldije en voz baja al

recordar que lo había perdido el día anterior. La suerte quiso que el establecimiento conservara uno de esos viejos teléfonos públicos azules y verdes en la barra. Me acerqué a introducir una moneda en la ranura para alertar a mis padres. Los botones estaban duros al marcar el número de su casa. Respiré aliviada al oír que daba tono. Cuando una voz femenina respondió al otro lado, sentí un hormigueo en los dedos.

—¿Quién es? — quiso saber.

La pregunta resonó en mi cabeza unos segundos paralizantes. La mujer volvió a repetirla, pero no pude responder. Si tenía un nombre, no lo recordaba o, al menos, no significaba nada por sí mismo. Ante el silencio, la voz familiar colgó la llamada. Con el auricular todavía en la oreja, traté de recordar por qué había marcado ese número y no otro, hasta que el propio acto de marcar me pareció absurdo. Unos códigos numéricos me conectaban con unas voces. Esas voces, desde otro lugar, transformaban mi realidad a este lado del aparato. Fascinada con mi propio extrañamiento, me invadió la pesadumbre. De no ser por la sospecha de un fallo neurológico, creo que me hubiera quedado dormida en el taburete. Abandoné el local lo más rápido que me permitió mi cuerpo confuso. Aunque no sabía quién era ni de dónde venía, sabía perfectamente el camino al hospital.

Apreté el paso por las callejuelas del barrio, entre cafeterías que ofrecían *latte* y *cupcakes* y restaurantes que anunciaban *brunchs* en sus pizarras. Moví la mandíbula para comprobar que no tenía paralizado ningún lado de la cara. Pestañee varias veces seguidas, como para asegurarme la conexión entre el cerebro y los músculos. La costumbre hizo que buscara el móvil en el bolsillo otra vez. Sin la aplicación, no podía pedir un VTC que me recogiera. Tampoco hubiera podido confirmarle mi nombre. Ligeramente mareada, caminé hacia las avenidas principales en busca de un taxi. Cláxones. Una obra levantando media calle. Decenas de vehículos agolpados. Rodeada de escaparates, mi reflejo me sorprendió persiguiéndome deforme en los cristales, imitando mis movimientos como un fantasma. Entre la hiperventilación y el desvanecimiento, me apoyé en la pared de un edificio para escapar de él. Una señora mayor con un cardado imposible se acercó a preguntarme si me encontraba bien.

—¿Puede verme? —le interrogué a voz en grito.

Ella me observó girando la cabeza, tratando de evitar esa silueta maldita en las lunas de los coches.

—¿Puede verme la cara? — insistí esforzándome en modular la voz.

La mujer y su pelo retrocedieron para preguntarme si quería que llamara a alguien. Salí corriendo sin responder, con la figura acosándome en los reflejos a mi paso. Al fondo, atisbé una boca de metro. Buscando una explicación lógica que me calmara, descendí un inframundo de escaleras mecánicas y ascensores. Con las piernas temblorosas, me senté en un banco del andén. En la dirección contraria, un cartel que ocupaba toda la pared prometía encontrar el amor con una aplicación de móvil. Abstraída con la perfección de los solteros y las solteras del anuncio, me sorprendió el estruendo del tren al entrar en la estación. Repleto de gente, me acoplé en una esquina del vagón, huyendo de las ventanas. Volví a mover la mandíbula. Pestañeeé otra vez. Alguien apareció pidiendo limosna. A él tampoco le veíamos. Nada más salir del subterráneo, la imagen del hospital me tranquilizó en el horizonte.

Caminé lo más rápido que pude hasta la faraónica mole blanca. En la fachada, una pancarta amarilleaba quejándose de los recortes de la sanidad pública. Atravesé las puertas automáticas con ímpetu, mirando al suelo para evitar los reflejos de sus cristales. La gente corría de un lado a otro en el vestíbulo. Algunos llevaban batas blancas. Otros, vestidos de *civiles*, buscaban consultas o habitaciones. Me dirigí a las urgencias, tan apresurada como el resto. Allí, bajo un halógeno aséptico, la luz cenital le daba a la recepcionista un aire mortecino poco apropiado. La voz me tembló al describirle mis síntomas. Mi reflejo desfigurado me miraba desde una mampara de vidrio. Le señalé con el dedo. La sombra me señaló a mí también. Pese a mi grito ahogado, la enfermera se limitó a mandarme a la sala de espera con un gesto de hastío. Había mucha gente. Toses. Mocos. Alguien que se agarraba el brazo con cara de dolor. Al principio, creí que vendrían corriendo a buscarme con una silla de ruedas, que me llevarían a una habitación muy blanca y me harían una resonancia urgente del cerebro. Una hora después, sin noticias, empecé a ponerme nerviosa. Más movimiento de mandíbula. Pestañeo veloz. Quizá necesitaban saber cuánto era capaz de esperar para determinar si me estaba volviendo loca. Mi respiración se aceleraba peligrosamente cuando una enfermera apareció en la puerta.

—La que no sabe quién es—dijo escrutando la sala.

Al levantarme, noté cierto desprecio en su mirada. Se adelantó y me pidió que la siguiera por un pasillo eterno. En la consulta me esperaba una doctora de pelo plateado, tecleando en el ordenador con unas gafas enormes, como de otra época. Sin despegar la vista de su pantalla, me indicó que me sentara. Aún se tomó unos minutos para terminar lo que estaba haciendo. Yo me revolví en el asiento.

—Cuénteme —dijo al fin con parsimonia —, ¿qué le ocurre?

Respiré profundo. Noté cómo me temblaban las extremidades eligiendo las palabras.

— No veo bien, creo que me estoy quedando ciega y tengo alucinaciones...En los espejos...En los espejos me persigue un fantasma...

Ella hizo un gesto suave con la mano para interrumpirme.

— Según ha anotado la enfermera, usted ve perfectamente. Únicamente se ve borrosa a sí misma.

Me quedé pensativa un instante. La médica encendió una pantalla con letras y números a su espalda y me pidió que los leyera a partir de la fila de en medio. Lo hice sin problema. Lo mismo sucedió con la siguiente, un poco más pequeña y con la última, tamaño diminuto, donde al parecer confundí la “T” con un siete. La miré esperando alguna explicación. En lugar de dármele, se levantó hacia mí con un martillo pequeño en la mano. Con el golpecito del metal en mis rodillas, ambas piernas se estiraron como activadas por un resorte. Angustiada con tanta expectación, las preguntas se escaparon de mi boca.

— Pero tampoco recuerdo quién soy. ¿Puede ser un fallo neurológico? ¿Y si me está dando un ictus?

Ella sonrió sin perder ese aura de paz, que brillaba mucho más junto a mi ataque de histeria.

—¿No recuerda quién es o no lo sabe?

Pensé la respuesta unos segundos antes de reconocer que no entendía la pregunta. Quizá aquello no estaba sucediendo. A lo mejor estaba teniendo una pesadilla y la mujer solo representaba un papel absurdo en un mal sueño. Regresó a su sitio para teclear durante un par de minutos. Al terminar, sacó un objeto del cajón y lo giró hacia mí. Para cuando me di cuenta de que era un espejo, la sombra ya estaba demasiado cerca. Me agarré a la silla sin poder sujetar un chillido. Frente a mí, la sombra hizo lo mismo. Al abrir la boca, un orificio alargado se abrió en su cabeza como el más expresionista de los cuadros. Solté la silla para taparme los ojos. La doctora colocó la luna bocabajo para seguir anotando cosas en la pantalla.

—¿Pertenece a alguna comunidad o grupo?

Puestos a sufrir una desconexión con la realidad, decidí que era mejor reírme hasta que llegara el psiquiatra. La carcajada sonó más alta de lo que esperaba.

—¿Cómo voy a saberlo si no sé quién soy?

—¿Tiene alguna inquietud intelectual o política? —prosiguió sin inmutarse con mis risas.

Yo negué con la cabeza, levantando los hombros escéptica. La doctora me miró pensativa y juntó las palmas de las manos antes de hablar.

— Quizá no se trata de que no recuerde sus inquietudes o sus compromisos porque no sabe quién es, sino de que no sabe quién es porque no los tiene. Ha perdido su móvil recientemente, imagino.

— Ayer— alcancé a decir.

Asintió antes de volver a escribir. El monitor de tubo emitía una luz radiactiva sobre su cara. La torre del ordenador zumbaba como un avión despegando.

— Tranquila —dijo sin dejar de teclear—. Parece otro caso de Despersonalización Posmoderna.

Despersonalización Posmoderna. Había visto algún artículo en redes sociales, aunque solo había leído el titular. El silencio se hizo incómodo hasta que reparó en mi cara descompuesta.

— Significa que su identidad es efímera, basada en relaciones superficiales consigo misma y con su entorno. Por eso no puede verse, es una fase aguda. Usted se ha convertido en una imagen que proyectar a otros y, sin el móvil, la proyección se distorsiona y llega la sombra.

La doctora me alcanzó una *tablet* antigua con una etiqueta escrita a mano pegada en su superficie: “despersonalizados”. En el escritorio, había accesos directos a las redes sociales más populares. Me pidió que introdujera mis credenciales en todas ellas. Sorprendentemente, sí recordaba esos datos. Abriéndolas una por una, sentí una increíble sensación de bienestar que se incrementó siguiendo sus indicaciones. *Ahora, revisa los likes de tus fotos. Pon un tweet carente de reflexión sobre un asunto de actualidad. Manda un mensaje a algún amigo que ya nunca ves en persona. Compra las marcas que te sugieren tus redes.* Tras unos minutos, la mujer de pelo plateado volvió a girar el espejo, que ya no me daba ningún miedo. Mi rostro se reflejaba con la misma nitidez que en las fotografías de la pantalla del dispositivo, llena de *selfies*, comidas fotogénicas y viajes exóticos.

— Imagino que ya sabe cómo se llama y dónde vive— dijo dando la consulta por resuelta.

Yo asentí. Luego, me levanté de la silla un poco mareada, como en mitad de una borrachera agradable. Con la sonrisa pegada a la cara, caminé hacia la puerta de la consulta. Le

di las gracias antes de salir. Ella, desde su silla, me recomendó tener dos móviles para evitar una recaída en estos tiempos pandémicos.